



Categoría: II Congreso Internacional de Estudiantes de Humanidades y Ciencias Sociales

ARTICULO DE CONFERENCIA

Urban anthropology: analysis of social dynamics in urban contexts

Antropología urbana: análisis de las dinámicas sociales en contextos urbanos

Jair Emmanuel Flores García ¹

¹ Universidad de Guanajuato, Antropología Social. León, Guanajuato, México.

Citar como: Flores García JE. Urban anthropology: analysis of social dynamics in urban contexts. SCT Proceedings in Interdisciplinary Insights and Innovations. 2024;2:.122. <https://doi.org/10.56294/piii2024.122>

Recibido: 10-08-2024

Revisado: 23-10-2024

Aceptado: 29-12-2024

Publicado: 29-12-2024

Editor: Emanuel Maldonado 

ABSTRACT

In the city of León Guanajuato, almost two million inhabitants walk, live and make possible the socio-cultural life of a territory that is distinguished by its activities linked to industry and the manufacture of footwear. The body is the vehicle for inhabiting this concrete jungle, it is the means of making oneself present in the urban space. The aim of this paper is to analyze how some sectors of the working class in León develop skills to inhabit and appropriate the city. Their bodies assume the effects of complicated transfers and long working days, but they also allow themselves to enjoy a moment of leisure to counteract the inequalities to which they are subjected in the urban experience. For this exercise I propose a look at the activities linked to three scenarios: the first, to one of the traditional trades of León, Guanajuato through the analysis of the bodily activities linked to the production of footwear in family workshops; a second scenario of bodily practices is mobility in public transport and finally I share a reflection on bodily enjoyment in the city through the analysis of sonidero dance and cumbia as a unifying of the body-city relationship of this sector of the population.

Keywords: Body; City; Inhabit; Inequality.

RESUMEN

En la ciudad de León Guanajuato casi dos millones de habitantes andan, viven y hacen posible la vida socio-cultural de un territorio que se distingue por sus actividades ligadas a la industria y la fabricación de calzado. El cuerpo es el vehículo para habitar esta jungla de concreto, es el medio para hacerse presente en el espacio urbano. Esta ponencia tiene como objetivo analizar de qué manera algunos sectores populares de la población leonesa desarrollan habilidades para habitar y apropiar la ciudad. Sus cuerpos asumen los efectos de los complicados traslados, las largas jornadas de trabajo pero también se permiten disfrutar de un momento de ocio para contrarrestar las desigualdades de las que son objeto en la experiencia urbana. Para este ejercicio propongo una mirada a las actividades ligadas a tres escenarios: el primero, a uno de los oficios tradicionales de León, Guanajuato a través del análisis

de las actividades corporales vinculadas a la elaboración de calzado en los talleres familiares; un segundo escenario de las prácticas del cuerpo es la movilidad en el transporte público y finalmente comparto una reflexión sobre el goce corporal en la ciudad a través del análisis del baile sonidero y la cumbia cómo aglutinadora de la relación cuerpo-ciudad de este sector poblacional.

Palabras clave: Cuerpo; Ciudad; Habitar; Desigualdad.

INTRODUCCIÓN

Atrás quedó la ilusión, el viejo lema del escudo de armas leonés parece quedar rebasado: “El trabajo todo lo vence” ya no es suficiente para los habitantes del territorio leones; ya no alcanza la armadura diaria compuesta de anhelos, ganas y hambre para subsistir, ahora el trabajo solo ajusta para sobrevivir. La bota de la desigualdad social descansa sobre el cuello de los “otros”, de ese sector poblacional al que se le denomina como “popular”, sector que se caracteriza por ser la fuerza laboral de todo espacio urbano que exista sobre cualquiera que sea el área urbanizada en el mundo. Sobre ese sector recalcan un conjunto de prácticas y ejercicios culturales, y para este caso corporales, que le dotan de capacidades específicas para hacerse presentes en el territorio urbano al cual pueden tener acceso.

En 2020, León, Guanajuato se posicionó como la tercera ciudad más grande del país, casi 2,000,000 de habitantes viven, trabajan, viajan y se desarrollan dentro de los márgenes del territorio leones. Con esta base el CONEVAL concluye que “León se convierte en la ciudad con el mayor índice de desigualdad (es) de la República Mexicana. Esta población requiere de ofertas de servicios básicos: vivienda, centros educativos, hospitalarios, centros laborales, comunicaciones y transportes. Para poder acceder a ellos se necesitan dos pagos principales: el cuerpo y el monetario.

La presente ponencia intenta abrir la discusión sobre las corporalidades urbanas, así mismo de dar una muestra de los resultados obtenidos en la tesis de licenciatura del autor de este trabajo; para ello se encuentra en la antropología las herramientas que hacen posible romper con la cotidianidad de la mirada, para intentar responder la pregunta principal que da el eje transversal de este trabajo ¿Cómo se hace ciudad con el cuerpo en León, Guanajuato?; para ello se presentan tres escenarios en los cuales el cuerpo es el actor principal. Mismo que se condensa en una rutina diaria del uso del transporte público hacia el centro de trabajo, que para este caso será un taller de manufactura de calzado. Agregando a esta rutina un espacio para la recreación que se verá representada en un salón de baile llamado “El Moro”, que se encuentra en el centro de la ciudad leonesa y en el que las cumbias y danzón se hacen presentes con las selecciones de los sonideros de la región.

¿Cómo observar lo urbano y lo cotidiano? “Descotidianizar, para analizar (...) para analizar lo cotidiano, desconocer para conocer” (Del Monte, 2018: 33) Se parte de esta premisa puesto que la ciudad y sus dinámicas urbanas se encargan de someter al habitante de la misma a una rutina envolvente, no hay espacio para la reflexión, solo se tiene que cumplir con la función del día a día. Para complejizar dicha rutina e ir en búsqueda de los cuestionamientos, el espacio urbano y el urbanita requieren de encontrar una ruptura epistemológica que posibilite la oportunidad de saber la “relación con el mundo” (Giglia, 2012: 5); para ello el investigador social debe de buscar ventanas de salida de la cotidianidad, algo que lo haga consciente al ser sujeto de ese espacio en el que se desarrolla, siendo este punto en el que el cuerpo del antropólogo u observador o simple habitante de la ciudad accede a ser unidad de análisis e instrumento para la interpretación de una o varias realidades en las cuales se puede ver inmerso.

La corpografía como posibilidad de entender la urbe

El cuerpo es un ente adherido al contexto en el cual se encuentra, es extensión del territorio y es producto socio-histórico de los procesos culturales que se desarrollan en las diferentes territorialidades geográficas. A través de él se pueden establecer formas y maneras de “hacer” y “vivir” la ciudad. Prácticas como el baile, actividades deportivas como la zumba, el fútbol o el basquetbol, hacer parkour,

patinar sobre el skateboard o realizar ejercicios en los gimnasios que se han puesto en las áreas rehabilitadas en la ciudad de León, Guanajuato, establecerse en algún cruce de las principales avenidas de la ciudad para hacer malabares con piedras, aros, antorchas o balones, o simplemente arribar a una banca a leer el periódico mientras el bolero deja brillando los zapatos de las personas mientras las parejas caminan de la mano y demás señores fuman o charlan de algún tema o se reúnen a rezar el rosario.

La ciudad queda entonces como una realidad multidimensional, tal como lo mencionó en alguna ocasión Jesús Enciso (2020) “La ciudad es un poliedro” pues muestra múltiples caras que son en sí mismas complejas de analizar y aproximar, y que “no solo es producido por las estrategias de quienes controlan los medios de producción, sino también por las tácticas de quienes usan el espacio de manera cotidiana” (Salcedo y Zeiderman, 2008:69). Encontrando en la urbanidad, como forma de vida de la ciudad, las formas de caracterización de los espacios en donde se realizan sus actividades diarias, justificando así los actos de toreo que realizan los comerciantes ambulantes en la zona centro ante el acoso incesante de los agentes de fiscalización que buscan higienizar el área central de León, el establecimiento de zonas periféricas inmobiliarias (reguladas o no) que buscan un lugar en el cual asentarse para intentar encontrar un “desarrollo” y un mejor porvenir, la apropiación de la calle cuando una fiesta patronal es celebrada con un baile sonidero, cuando las casas habitación (en el caso leonés) cumplen una doble función al ser implementadas como talleres o “picas” de calzado, o simplemente cuando al subir al transporte público se ve a algunas personas que se brincan a las estaciones para no pagar, o las movilizaciones policiacas que se dan en las áreas periféricas para encontrar delincuentes y estos son ocultados o delatados por los vecinos de la calle. La urbanidad implica esto y más, todas aquellas actividades que se dan dentro de la ciudad y que la van definiendo día a día. Como diría Giglia (2012) con su habitar: son el conjunto de estrategias de las cuales echamos mano para aprender a movernos, relacionarnos y estar en la ciudad. El hacer ciudad es entendida como la forma en la cual las personas que viven en las zonas urbanas proyectan a través de sus prácticas socioculturales y cotidianas la manera en la cual viven los espacios en donde se desarrolla el andar de su vida diaria.

El cuerpo comienza a ser tomado como objeto al contexto en el cual se desenvuelve el ser social, si bien es resultado de un conjunto de elementos biológicos y fisiológicos, también es producto de un conjunto de normas, leyes, tradiciones y roles sociales que le imponen un comportamiento en sí. Los movimientos que realiza son condicionados y condicionantes de los espacios en los cuales se desenvuelve el individuo, y es en este punto en donde el cuerpo y la ciudad entran en diálogo para entenderse y sobre todo desarrollarse teniendo como escenario los espacios. Es entonces en donde las corpografías tomarán relevancia, ya que permiten dar visibilidad al habitar y al hacer ciudad, pues “es pensar el cuerpo como sujeto de la cultura (...) la existencia de los sujetos es corporal y el cuerpo solo existe en relación con el mundo” (Csordas: 2018, en De Souza, 2019: 96), esa relación ciudad-cuerpo posibilita sacar a la luz los comportamientos que los ciudadanos ejercen con la única finalidad de hacerse presente en la urbe, derramando con ello la urbanidad que le da sentido al poliedro caóticamente ordenado, dándole forma a los micro espacios y sentido a lo macro llamado en su conjunto: la ciudad.

Es a partir del cuerpo desde donde se transgrede en un ámbito particularmente cotidiano como lo es la ciudad, la simple presencia puede hacer que las prácticas de un lugar determinado cambien, y como unidad de análisis porque “la corpografía explicita las apropiaciones cotidianas del espacio vivido y se traduce en una forma diferenciada de sentir y vivir la ciudad mediante prácticas corporales que provocan, rechazan y cuestionan la espectacularidad de las grandes ciudades contemporáneas” (De Souza, 2019: 104), lo cual provocará por desbordar las múltiples experiencias del andar y vivir en la urbe para construirla y hacerla, o adecuarse a lo construido y normado.

Escenarios para el cuerpo: el autobús

Las ciudades crecen, se expanden creando con ello nuevos asentamientos residenciales que bien pueden ser legales, ilegales, regulares (por lo que cubren todos los requisitos para ser autorizados, validados y en algunos casos ofertados por el aparato jurídico de las urbes) o irregulares, esto con el único fin de darle salida a las múltiples formas de demanda social sobre la vivienda esto amplía una nueva necesidad de conexión entre estos puntos, que suelen ser periféricos, de a poco con la centralidad urbana.

Dichos manchones residenciales urbanos leoneses, acrecientan las distancias, la movilidad urbana y la necesidad de vías para viajar sobre ellas se evidencia, se recalca con mayor énfasis la demanda sobre ellas y como no ha de hacerlo si la movilidad es algo inherente a la condición humana; los tiempos de traslado se prolongan; el transporte público realiza a diario 850 mil viajes representando el 85% de los viajes totales que se realizan en León (datos del Sistema Integrado de Transporte), si bien queda pendiente el desglose de este dato, es decir,

¿De estos viajes cuántos son redondos (ida y vuelta)? Vuelve evidente el hacinamiento en las horas pico, esas horas específicas del día en el cual pareciera ser imposible abordar un camión; la cultura del agandalle se hace presente, empujones, carteristas, manoseos, tocamientos, arrimones, contorsiones e incomodidades se hacen presentes mientras que al grito de “¡recórranse para atrás por favor!”, “¡nama´s no me tapes las barras!”, “¡pos si ya no caben!” y las miradas que manifiestan la incomodidad, el camión sigue su andar, el objetivo principal parece ser transportar cuerpos sin importar más. El andar sobre las aceras solo marca la pauta del tiempo, consecuencia de los diferentes estilos de vida que se sumergen en el día a día urbano.

Los cuerpos viajeros se han de acoplar a las circunstancias que les ofrece la oferta del espacio, el lugar que conforme las actividades de los pasajeros se ha de ir modificando según su uso;

Al pagar mi pasaje, caminé por el pasillo para llegar a la parte trasera del camión, no había un solo asiento desocupado, deslicé mi mochila al frente, justo cubriéndome la barriga, así es como creo que puedo dejar pasar más fácilmente a las personas sin que me empujen o avienten al querer bajar, apenas alcancé a sujetarme del pasamanos superior que tiene el camión cuando justo arrancó. Es temprano, también es raro que a esta hora el camión no venga lleno, los niños van a su escuela y una mamá viene con su par de críos terminando la tarea, el aceleré del chofer hace que el niño no escriba bien y termine plasmando una raya chueca en donde tenía que hacer una letra, la mamá se enoja y lo regaña, voltea el lápiz y borra, pone de nueva cuenta al niño a escribir y a no hacer “cochinadas”; en otros asientos viene gente recargada a las ventanillas, unos vienen dormidos y al mismo tiempo intentan no descomponer su postura corporal, no desparramarse; otros simplemente observan hacia la calle; no puedo dejar de ver la habilidad que tienen un par de mujeres que se maquillan apenas y sienten la estabilidad del camión, cuando frena ellas hacen lo mismo, acelera, esperan un momento y de nueva cuenta comienzan a hacerlo. Un platica se hace presente, me imagino que este par de señoras son vecinas, pues, hablan sobre una señora que presta dinero y que se enojan cada que va por el abono. Algunos otros pasajeros llevan en mano su celular viendo publicaciones de Facebook y conversaciones de WhatsApp, mientras sus oídos lucen audífonos y manos libres. Las señoras lanzan un par de carcajadas y algunos volteamos hacia ellas para saber de dónde previenen, de igual forma sucede cuando suena un teléfono y quién lo contesta solo menciona: “ya voy para allá, no tardo, dile que me espere”. (Nota de campo 26/02/2019 en Flores 2024: 48).

El pasillo es el teatro perfecto para ver la interacción corporal y el juego de la proxemia, ya que es el sentido de cercanía que un individuo tiene sobre otro, misma que puede ser provocada por diferentes hechos y actos que pueden vulnerar o beneficiar a las personas involucradas, a los usuarios en el espacio reducido del autobús mismo en el cual la mayoría de los agentes son anónimos y se caracteriza y da vida por una población flotante. El cuerpo luce, roza, pega, empuja, sujeta, toca, se encoje y se estira con el objetivo de hacerse de un medio metro cuadrado para desplazarse por las venas urbanas. (Flores 2024: 51).

Escenarios para el cuerpo: el taller de calzado

La capital del cuero y del calzado, slogan que distingue a León, Guanajuato, da orientación al interés antropológico por observar este sector, la producción zapatera, sus diferentes procesos pero para el caso que nos ocupa, la corporalidad del obrero zapatero, específicamente de las personas que se encargan de coser las piezas para dejar el corte listo para ponerle la suela: “El pespuntador”.

Los oficios, sin importar cuál sea, dotan de habilidades específicas a las personas encargadas de realizarlos, el carnicero se hace experto en las diferentes carnes que corta, procesa y vende;

el herrero se especializa en saber cuál soldadura es mejor para cada metal, cual metal es el idóneo para determinado accesorio. Se obtiene entonces un “saber obrero” (Nieto, 1988: 70).

“Hazle así, hazle azá”, son las palabras mágicas que buscan desentrañar el enigma del cómo se armará el corte, hacerlo rápido y con buena calidad, ese siempre será el reto en la jornada laboral que implicará al menos 10 horas sentado detrás de esos metales, con una inclinación de espalda que recalca en la parte superior de la misma, la rabadilla, la parte baja de la espalda se cansará de estar en esta posición, pues el peso corporal recae sobre ella, los glúteos simulan desaparecer, los cosquilleos en las piernas se hacen presentes, las manos se coordinan con los ojos, el pie aplasta el pedal, frena, la rodilla levanta la carretilla, la mano derecha gira el volante, la aguja queda enterrada sobre el corte, la mano izquierda gira el corte, mientras el dedo índice de la derecha sirve de guía para no salirse del carril. La oda es perfecta, “hay que darle la recia, porque tenemos que terminar para ir por más”. Esto es el saber hacer con el cuerpo, es el ser pespuntador.

El tiempo pasa, los años pasan, el cuerpo se desgasta y la habilidad se va perdiendo, movimientos cada vez más lentos, dolores en la espalda que son producto de aquel incesante ritmo productivo; quienes “aprovecharon” lograron adquirir o construir una casa, en algún momento un auto; quienes no, a ellos solo les queda el recuerdo de que fueron “cabrones pa’ la máquina”, fueron muy rápidos, desarrollaron una gran habilidad para manejar el corte y “mover las manos”, pero “gastaron de más”.

El cuerpo es sometido a una exigencia constante llena de concentración que no permite un solo fallo, por eso también se hacen presentes distintas estrategias que buscan mitigar ese desgaste corporal, la ingesta de paracetamol, naproxeno y diclofenaco como paliativos para el dolor de espalda son infaltables y estos no necesitan de una indicación médica para su ingesta, regularmente aparecen cuando el cansancio entra en escena y hace más torpes y lentos los movimientos de las manos. Las sobadas y estrujamiento de la espalda buscan relajar los músculos trapecios, dorsales y romboides mayores, y las aponeurosis dorso lumbar y de la cresta iliaca, convirtiendo las vértebras de la columna espinal en una matraca.

La ingesta de agua debe ser frecuente, ya que como se mencionó la producción de orina no es la suficiente; aunado a ello, el consumo de téis provenientes de hierbas medicinales como la “cola de caballo” y “palo azul”, son comunes para la prevención y tratamiento de las infecciones tanto de los riñones como de las vías urinarias.

Para el caso de los problemas circulatorios, específicamente para las hemorroides, se opta por ir al médico, pues al ser un padecimiento generalmente incómodo, se opta por la secrecía. El estiramiento de las piernas hace posible que los calambres y adormilamientos se disipen.

Escenarios para el cuerpo: salón de baile “El Moro”

El Moro se posiciona como ese espacio destinado a las corporalidades urbanas leonesas, más allá de la plaza pública, el pretexto para ello, será el baile, el baile al ritmo de sonidos tropicales y caribeños, de la cumbia rebajada (es la forma de hacer más lento el ritmo original de la canción), de un bolero o un son cubano que proyecta a través del danzón la cadencia y elegancia de los movimientos corporales que expresan cortejo e interpretación y que se acuerpa en esos seres danzantes, mismos que no tendrán ningún reparo en dar giros al ritmo de cumbia, mientras raspan sus zapatos en la duela del salón con el aceleramiento del compás musical para bailar el doble paso.

Los cuerpos son capaces de hablar sin abrir la boca, comunican constantemente y en este plano el Moro es un contenedor infinito de coros que al compás de la música permite a sus asistentes hacerse presentes en la urbe.

El lugar está puesto como contenedor y receptor de aquellos cuerpos que parecen estar condenados al naufragio de la movilidad urbana y de su salvavidas materializado en su trabajo. Es entonces en dónde el salón de baile resalta la posibilidad del juego, del truco y del goce que permite a ese sector que paga su asistencia, ya sea día martes o jueves o domingo, hablar, desbordar y derrocharse en aquellos largos pasillos, para gritar sin abrir la boca, ¡aquí estoy! ¡este soy yo! ¡este es mi cuerpo! ¡esta es mi ciudad!, mientras el danzón o la cumbia suena incesante en aquellas grandes bocinas.

El baile representa la posibilidad de ver las manifestaciones culturales que se desarrollan en la urbe, es la práctica lúdica que permite a las personas darle rienda suelta a su yo, su cuerpo parece olvidarse de esas ataduras disciplinarias que lo someten a su transitar por las venas urbanas y que lo llevan a sujetarse a su espacio laboral.

Los bailes sonideros se caracterizan por la toma de los espacios públicos: las calles son sus principales escenarios, se cierran con o sin el consentimiento de los vecinos, se montan las torres de luces, se apilan las bocinas y en el centro de todo aquello se instala la consola, la computadora y el micrófono que será el arma para darle ese toque especial, sin embargo se corre el gran riesgo de ser detenidos, multados y desalojados si no se cuentan con los permisos para realizar el baile, además de que se nota el consumo de bebidas alcohólicas y de estupefacientes, con frecuencia el olor a marihuana se detecta en el ambiente.

En cambio, en el Moro, las personas pagan para entrar, también existen los saludos, se realiza una visita de protección civil, no hay consumo de bebidas alcohólicas dentro del salón; se rompe con todo aquel ritual urbano de la toma del espacio público por la fuerza y se relega al organizador dentro de un espacio acotado como escenario.

Lo anterior resalta, porque a pesar de que la organización es distinta ocurre algo sumamente característico de cualquier tipo de baile, no importa si es música regional mexicana, en cualquiera de sus variantes, si en reguetón, si es alguna balada, da igual, pero el papel de la masculinidad se hace más evidente por una tercia de elementos: la vestimenta, la forma de bailar y el reto de sacar a la mayor cantidad de mujeres a la pista de baile.

El cuerpo es la primera instancia con la cual realizamos frontera, es aquí en dónde a partir de la proxemia, las personas asistentes al salón respetan las espacialidades, provocando un conjunto de movimientos para evitar el choque físico con las demás parejas próximas, ejemplo de esto son un giro, un tirón o un jalón de mano o de la cintura, intercalando la mirada entre el piso y los pies, para tener el revire de los otros bailadores.

La proxémica es lo que posibilita al individuo a generar e interpretar los espacios y distancias que se forman en torno a los otros, lo cual termina por dotar de significados a los movimientos, pasos de baile, acercamientos y señales que se dan durante la estancia en el Moro, la kinésica permite ser observada en aquella jungla de concreto que representa la ciudad leonesa, la kinésica es significado de la proxémica. Es una forma de leer es los cuerpos urbanos, de ver interiorizada la ciudad en el cuerpo. Lo urbano acuerpado.

CONCLUSIONES

La ciudad como generadora de espacialidades, depende de los modelos productivos y económicos que se desarrollan dentro de sus márgenes, en este sentido es como se entiende la ciudad leonesa. La ciudad neoliberal impone un sistema de producción espacial específico, este se basa en buscar la mayor plusvalía y rentabilidad de cada uno de los espacios ubicados dentro de sus fronteras. El estado de bienestar desaparece, se ve roto, en este ámbito la mercantilización de los espacios, fuerza laboral y servicios, ponen frente a sus sujetos un modelo de corporalidad específico, que viene en sustanciado en un conjunto

de normas por cumplir para hacer llevadero el habitar. Impone las condiciones de productividad que generan estrategias de supervivencia en las hostilidades (espaciales, económicas, productivas, inmobiliarias, educativas, de servicios básicos) de sus lugares.

REFERENCIAS

1. Bazán, Lucía; Estrada, Margarita; Nieto, Raúl; Sánchez, Sergio & Villanueva, Minerva (1988) La situación de los obreros del calzado en León, Guanajuato. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, Ediciones de la casa Chata. [Disponible en: <https://books.google.com.mx/books?hl=es&lr=&id=utCR1mToT6MC&oi=fnd&pg=PA155&dq=historia+de+leon+guanajuato&ots=adeP95zXpl&sig=zCs-g-6sx7iMB8poSzx2y2fqce8#v=onepage&q&f=true>].
2. De Souza, S. (2019). Corpografías divergentes: las ciudades deseadas y las prohibidas en las experiencias travestis (Brasil). En Revista Colombiana de Antropología, vol. 55, no. 2, pp. 93-116.
3. Enciso, J (2020, 12 de marzo) La transdisciplinariedad en los estudios urbanos. (Conferencia Magistral) Seminario de Dinámicas Urbanas, León, Guanajuato.
4. Flores, J. (2024) Cuerpo y ciudad. Estudio antropológico del hacer ciudad con el cuerpo en León, Guanajuato. [Tesis de Licenciatura, Universidad de Guanajuato]. <http://repositorio.ugto.mx/handle/20.500.12059/12587>
5. Giglia, A. (2012). El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación. Antrophos Editorial: Barcelona.
6. Salcedo, A. & Zeiderman, A. (2008). Antropología y Ciudad: Hacia un análisis crítico e histórico. En Antípoda, (7), pp. 63- 97.

FINANCIACIÓN

Ninguna.

CONFLICTO DE INTERÉS

Ninguno.